

mundo gráfico

NÍ CON LAS FAMOSAS
ESPINACAS DE POPEYE
PUEDEN CON ESPAÑA

Miércoles 2 de Junio de 1937

AÑO XXVII
Número 1335
Hermosilla, 73
Apartado 571
MADRID



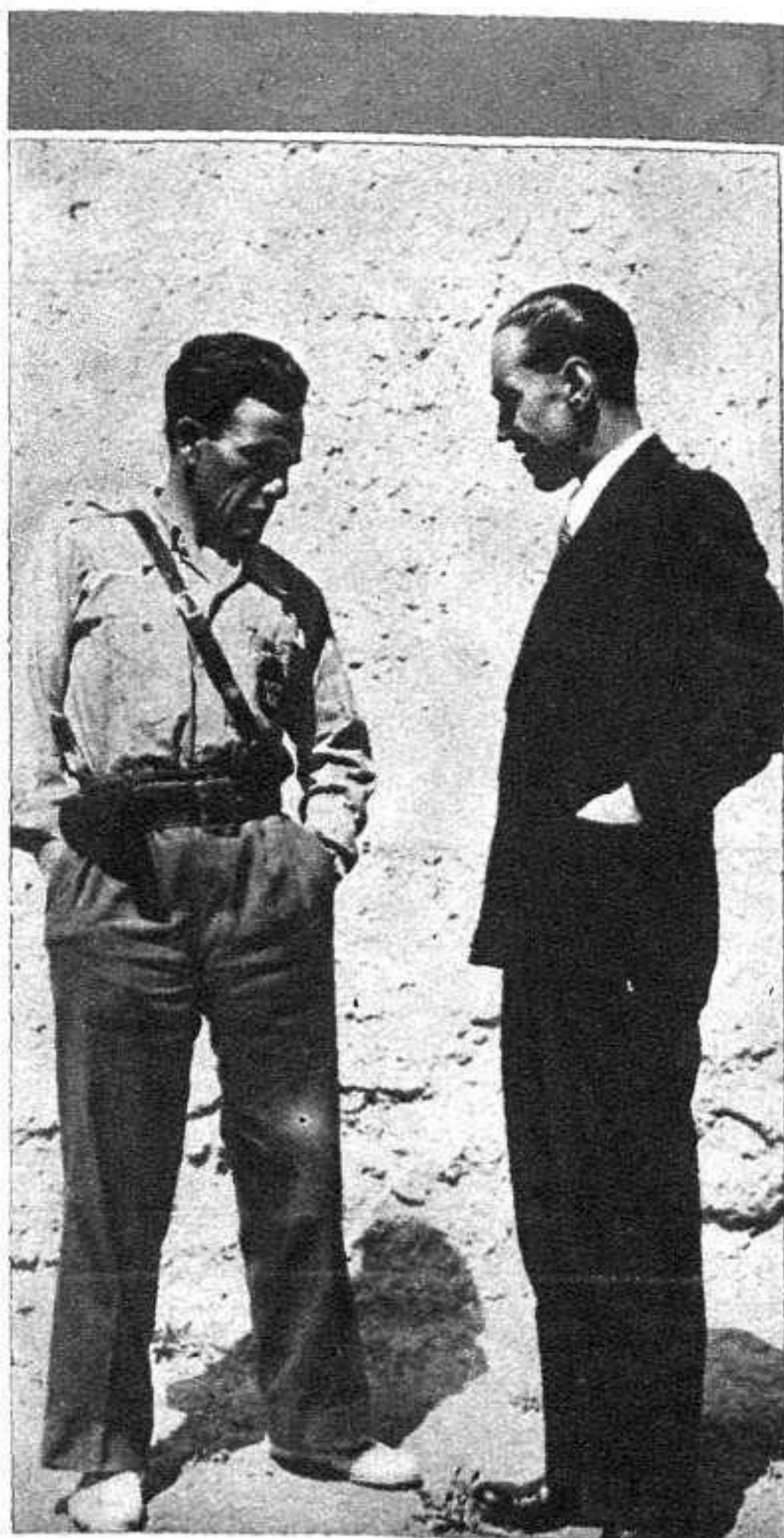
LOS CHIQUILLOS CELEBRAN
EN VALENCIA UNA EXPO-
SICION DE DIBUJOS DE
TEMA ANTIFASCISTA

(Véase la información en
el interior del número)
(Fot. Vidal Corella)

**La vida de los
caudillos popu-
lares, contada
por ellos mismos**

CIPRIANO MERA

**aprendió en la
cárcel a leer, a
escribir y a tra-
bajar por la
Revolución**



Cipriano Mera en un momento de su charla
con el autor de esta información



Una expresión de Cipriano Mera durante la charla en que ha evocado los recuerdos de su vida
inquieta e infatigable de luchador

EL barrio de Bellas Vistas, que «a lo lejos parecía un montón de escombros», tiene ya una precisa estampa literaria de Vicente Blasco Ibáñez en *La horda*, la novela de los suburbios de Madrid. Chozas de yeso y ladrillos rotos, mal techadas con tejas de desecho, entre los vertederos de basuras de la ciudad.

—Allí nací yo—recuerda Cipriano Mera—. En 1897. Tengo ahora treinta y nueve años. Mi padre era albañil, peón de albañil; con muchos hijos. Y desde chicos habíamos de trabajar para ayudarlo. No íbamos a la escuela. Y sin saber leer ni escribir, ya salía yo, a los siete años, a espigar en el campo, para llevar mi recolección a la casa.

A los doce entró en un tejat. Para *charrandar*, para levantar ladrillos. Lo que podía hacer un chico.

¡Lo que podía hacer un chico al que la vida—implacable con tantos chicos—diese ya un trato de hombre!

—Así ganaba una peseta. Hasta que, a los quince años, pude ser ya, como mi padre, peón de albañil. Y gané diez reales...

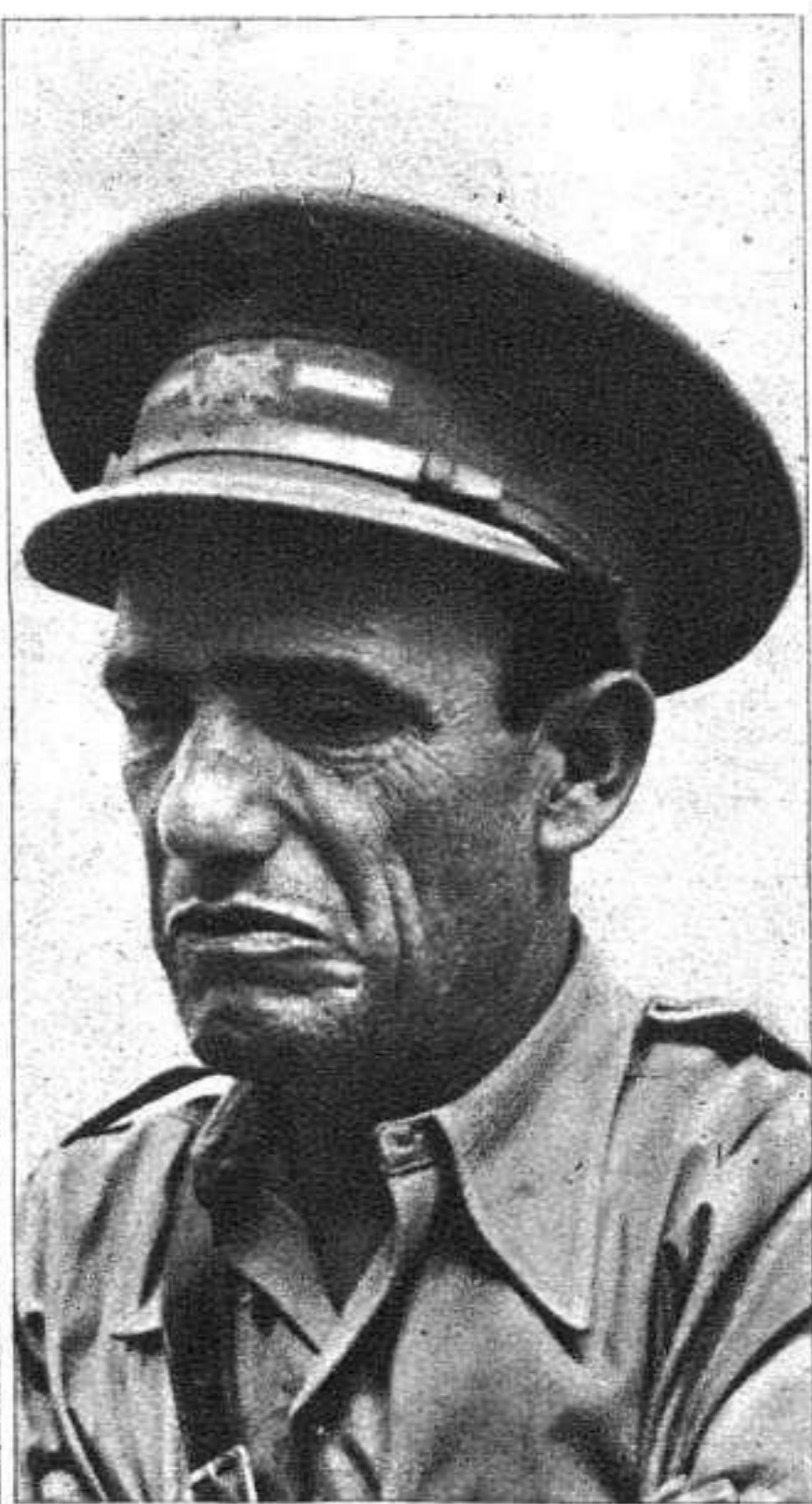
Aquel resignado trabajador español

El no quería más que trabajar para comer. Aunque fuera trabajar mucho para comer poco. Que no le faltase tajo.

—Entonces la jornada era de sol a sol, y el contratista, un amo despótico. Pero estaba ya uno hecho a aquello. Acostumbrado a la jornada agotadora y a la dócil servidumbre al amo. Nunca me rebelé. Se hablaba de los derechos del obrero y de la acción social contra los que lo explotaban. Pero, aunque identificado con mis compañeros (cuando hubo una huelga fui un huelguista más), me conformaba con que cada sábado me dieran mi salario, sin meterme en más complicaciones. Era el obrero «bueno», la bestia mansa, que soporta todas las cargas sin una queja. Así hasta que tenía ya veintiséis o veintisiete años. Mientras tantos sucesos alocucionadores (que yo no veía o no quería ver) iban produciéndose en España. En 1917... En 1923...

Cuando se castigaba como un delito el visitar a un preso

—Por entonces, cuando se produjo el movimiento de la noche de San Juan contra la dictadura de Primo de Rivera, metieron en la cárcel a un compañero mío—sigue diciendo Mera—, que era mi amigo desde pequeños. Y fui a verle. La Policía del dictador consideraba el visitar a los presos como un delito. Y sin antecedentes penales, sin «ficha», sin que se me hubiera conocido nunca como un elemento revolucionario, aquella visita a la cárcel fué suficiente para que se procediera a mi detención. Me encerraron. Y la sinrazón de aquel encierro me hizo pensar. Acaso era que en mi vida de bestia de carga, sin una pausa en la dura tarea —porque hasta cuando no tenía trabajo la ansiedad de buscarlo no le dejaba espacio a ningún otro pensamiento—, me daban tiempo para pensar en las sinrazones sociales por primera vez. Yo era un hombre sumiso. Obediente, respetuoso. Siempre acaté las leyes sin discutir su legitimidad. Pero con aquellas leyes, ¿se podía encerrar a un hombre en la cárcel, sólo por haber acudido a ver a un amigo preso? Otro ser (que era yo mismo y que yo había



a su organización un ímpetu revolucionario que entonces estaba refrenado; y con los militares descontentos, y hasta con los mismos monárquicos que se hallaban por aquellos tiempos en desacuerdo con el rey. Y fui conspirador. De los más entusiastas, de los más tenaces, de los que no reparaban en riesgos. Como si todo el tiempo perdido mientras viví sin conciencia quisiera rescatarlo. Y volví muchas veces a las cárceles. A la de Madrid, a la de Burgos (donde me encerraron tres veces), a la de Zaragoza, a la de Sevilla, a la de Sigüenza... Pero las prisiones no me hacían desfallecer. Y así llegó el movimiento revolucionario de Diciembre del año 1930. Cuando Ramón Franco volaba sobre el Palacio Real y amenazaba con tirar unas bombas... Entonces estuve en la sublevación de Cuatro Vientos. Y en el cuartel de la Montaña. El movimiento fracasó. Pero poco después caía la Monarquía, quebrantada ya en sus cimientos por aquel movimiento que había sido un fracaso.

La República que los trabajadores tenían que superar

Cipriano Mera recuerda aquellas jornadas de



desconocido hasta entonces) empezaba a latir en mí. Quise aprender a leer y a escribir. Y aprendí en la prisión. Allí hablé, también, con algunos camaradas significados en la acción revolucionaria obrera. Y al salir de la cárcel—añade Mera—, ingresé en unos grupos sindicales que actuaban clandestinamente, afectos a la Confederación Nacional del Trabajo.

El trabajador que encontró su conciencia en la cárcel

Cipriano Mera sonríe al recordar. Al fondo, las tierras quebradas de los puertos alcarreños. En parda camisa de campaña, abierta sobre el pecho, enjuto el rostro, con las mejillas mal afeitadas, crespas la pelambre, el caudillo de las Milicias populares de los primeros días de Julio parece la imagen tallada de un pastor de Enrique de Mesa: «cetrino, arrugado y cenceño, recio como el tocón de un recio pino en el agrio paisaje berroqueño», que el milagro superviviente de la voz del poeta pudiera animar.

—Aquellos grupos sindicales se proponían hacer la revolución. Y conspiraban con los partidos republicanos burgueses y con los camaradas de la U. G. T., que procuraban llevar

Abril de 1931, fugitiva la Monarquía, cuando el pueblo que había proclamado la República creía que ya estaba hecha la revolución.

—Pero apenas si se había dado un paso —dice—. En la C. N. T. habíamos constituido ya la Sociedad de Albañiles «La Vanguardia», y con ella organizamos el Sindicato de la Construcción, que empezó con cien hombres y hoy tiene más de cuarenta mil. Y en el Sindicato, con la República, como antes contra la Monarquía, seguí entregado a una labor de agitación. Los que habían sido aliados revolucionarios de la C. N. T. frente a los últimos estertores del régimen monárquico, al escalar los altos puestos del Estado, en la República, habían abandonado en nuestros Sindicatos y en las organizaciones confederales todo el programa de la revolución. La C. N. T. comprendió desde los primeros días republicanos que los trabajadores no habrían conseguido nada con el cambio de régimen si no derribaban por la violencia todo el tinglado económico y social que la República respetó. Y en Diciembre de 1933 formé parte, con Durruti y otros compañeros, de aquel Comité revolucionario de Zaragoza que dirigió un poderoso movimiento obrero que duró varios días, y por el que se llegó a



proclamar el comunismo libertario en algunos pueblos de España. Y volví a la cárcel. Y luego volví otras veces más. ¡Ya estaban los radicales en el Poder!—cuenta, con un guiño, Cipriano Mera.

De la huelga de la Construcción a la sublevación militar

—Estaba trabajando en las obras de la Ciudad Universitaria cuando se produjo la huelga de la Construcción. Y me encarcelaron. Y en la cárcel estaba al comenzar la sublevación de los militares. Me sacó la Confederación. Y con la Confederación fui, en los primeros grupos populares, armados cada uno como podían, sin armas muchos, a tomar el cuartel de la Montaña, a sofocar en el Campamento la rebelión. Luego, a Guadalajara; a Cuenca, contra un foco rebelde de guardias civiles. Y a los diez días del movimiento, encuadrado ya en las Milicias, a Paredes de Buitrago, donde tomamos nuestras posiciones, que sólo dejamos después de sólidamente fortificadas. Para bajar a la defensa de Extremadura. Se me había designado como delegado general de las Milicias confederales. Y a organizarlas se me llamó a Madrid. Después, Albarracín, el frente de Teruel... Hasta que Madrid corre peligro.

Cipriano Mera pasa rápidamente hacia atrás por cada uno de estos episodios de la guerra, que han ido siluetando su prestigio de caudillo con grueso trazo heroico. Pero acaso está mejor así.

—Y a Madrid vinimos mil hombres voluntarios con un «¡No pasarán!» que no sabíamos bien cómo iba a cumplirse. Estuvimos en la Casa de Campo. La Casa de Campo, que domi-

Mera despachando con sus ayudantes en el frente de combate de las últimas operaciones desarrolladas en Guadalajara
(Información gráfica de Vide)

LOS ESCENARIOS DE LA GUERRA

MUNDO GRAFICO ha publicado en sus últimos números los mapas siguientes de los frentes de lucha:

Frente de Guadalajara	(31 de Marzo)
Frente de Córdoba. Sector de Pozoblanco-Peñarroya	(7 de Abril)
Frente de Vizcaya	(14 de Abril)
Frente de Huesca	(21 de Abril)
Frente de Teruel	(28 de Abril)
Frente de Córdoba y Jaén	(5 de Mayo)
Frente del Jarama	(12 de Mayo)
Frente del Tajo	(19 de Mayo)
Frente de León	(26 de Mayo)

nada por la superioridad de armas del enemigo podía ser puerta franca para la entrada del invasor. No lo fué. Nos batimos. Y allí seguimos luchando, con diversa fortuna, pero con una inquebrantable voluntad de hacer de Madrid una ciudad infranqueable, hasta que se acuerda la formación de las Brigadas y se me nombra jefe de División. Y con mi División se me envía a Guadalajara. Es el avance aparatoso de los italianos. Es Brihuega... Hoy ya los italianos están lejos—dice Cipriano Mera sonriendo—, y nosotros permanecemos aquí.

Pero pronto cambia en su rostro la sonrisa por una grave expresión.

—¿Y desde aquí?...

Cipriano Mera no le pide caminos a su voluntad. Desde aquí...

—Adonde ordene el Mando—responde—. Yo, que en mi vida sindical y revolucionaria he sido, acaso más que ningún otro camarada, un indisciplinado, tengo hoy el sentimiento más firme de la disciplina, como una necesidad. La indisciplinación le ha costado mucha sangre al pueblo en la guerra. Que no le cueste más. Yo doy ejemplo a todos con mi mejor disposición a la obediencia. Adonde ordene el Mando...—repite.

Pero sobre el paisaje agreste, el rostro se le vuelve hacia Zaragoza. Como si deseara que el Mando estuviera mirando hacia Zaragoza también.

JOSÉ ROMERO CUESTA

Este número ha sido visado por la Censura



PÁGINA DEL COMBATIENTE

anécdotas de la guerra, contadas por los soldados

¿Qué has visto, soldado del pueblo? ¿Qué suceso de la guerra que haces te ha impresionado más? Cuéntanoslo para nuestro público. No se te piden sutilezas de expresión ni primores literarios. Cuéntanoslo como tú sepas, como tú hablas, como tú escribes a tu madre, a tu novia o a tu hermano, que de nuestra cuenta corre el disimular cualquier posible incorrección retórica. Nada de literatura, a ser posible, y, desde luego, nada de política de partido. Sencillamente. Y brevemente, también. Que el papel, como a todos, no nos sobra, y no podemos dedicar a nada mucho espacio. Advertencia importante: nos interesa la anécdota, el hecho, y no el sitio, que no debe darse a la publicidad, para evitar posibles imprudencias. Semanalmente MUNDO GRÁFICO dedicará una página a recoger los motivos destacados de esos relatos de los combatientes.

El voluntario de la gabardina

«...Acordaos de los primeros angustiosos días de Noviembre; acordaos cómo, ante el peligro que corría Madrid, el pueblo salió a las trincheras a detener a los traidores. Se lanzaron a la lucha muchos hombres sin preparación ni conocimiento militar alguno, sólo con el arma de su ilusión, con la desesperación y, al mismo tiempo, la alegría de cumplir un deber de patriota. En aquellas horas dramáticas fueron muchos los combatientes que se improvisaron, que fueron a las avanzadas a formar con sus pechos una barrera viva que detuvo al invasor. Se luchó con todas las desventajas; pero con una fiebre y un coraje que fué salvador y dió un ejemplo glorioso al mundo de lo que puede un pueblo.

Ante el avance del fascio hacia Madrid, todas las fuerzas disponibles y cuantos sentían el entusiasmo de sus ideas salieron a oponerse. Y entre ellos, mi pequeño batallón: un grupo—integrado todo él por empleados de oficina—que dos días antes habíamos empezado a aprender la instrucción.

Nos hicimos fuertes en una trinchera, y a poco empezó el combate: los primeros tiros de un batallón bisoño.

A mi lado y del compañero Aznar—¡salud, Aznar! ¡Salud, Gill!—, estaba otro camarada, cuyo nombre no recuerdo; pero sí que llevaba un traje elegante, cuello de brillo y se cubría con una impecable gabardina. Estaba asomado a una tronera. Asomaba por ella, de vez en cuando y con precaución, la cabeza; pero... no hacía un solo disparo. Miraba con asombro a uno y otro lado, como si buscara la razón de algo raro que le extrañaba.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no tiras?—le pregunté.

El vacilaba en contestar, cohibido, y al fin entreabrió los labios y nos dijo:

—Es que..., mira, compañero. Han caído cuatro tiros a mi lado, y no me ha tocado ninguno. No sé de dónde me tiran.

Y nos enseñaba las vainas que había expulsado de su fusil el compañero Aznar y que tenía al lado, junto a su codo.

A pesar de los momentos dramáticos, no pudimos contener la risa. Le explicamos su error, y el de la gabardina, muy aturrido, nos confesó que no había servido en el Ejército, ni había tenido jamás un fusil en las manos.

Le dimos una rápida lección y le animamos para que tirase. El se preparó, volvió a la tronera. No llegó a disparar un solo tiro. Una bala traidora le alcanzó en el pecho y le derribó mortalmente herido. Tenía una sonrisa triste, y nos dijo:

—Mala suerte. Ahora que ya iba a poder hacer algo...

Lo retiramos. ¡Demasiado había hecho sin saber hacer nada!—
(CARLOS PÉREZ PEÑALVA.)

“¡Escribe ahora!”

«...Había en mi batallón un muchacho que tenía vocación de escritor. Aprovechando todos los momentos de descanso, sacaba de su macuto un cuaderno y se ponía a redactar sus impresiones. Decía que cuando se acabara la guerra iba a escribir una novela mejor que *Sin novedad en el frente*. Para él, todo lo que pasaba era pretexto para escribir. Medio en broma, medio en serio, le llamábamos el *Literato*.

Un día se armó en el campo un «fregado» grande. Vino la aviación facciosa y la tomó con nosotros. Al mismo tiempo, desde unas lomas distantes, la artillería enemiga empezó a largarnos obuses. Fué una cosa muy seria. Tuvimos que dejar el camino y tirarnos en el campo, pegados al suelo, mientras pasaba la tormenta. Estallaban a nuestro alrededor las bombas, levantando nubes de tierra. El ruido era espantoso. Un obús arrancó de cuajo una encina, a diez pasos de nosotros. Por si era poco, los aeroplanos volaban muy bajo, haciendo funcionar las ametralladoras.

Estábamos tres compañeros tendidos, no lejos uno de otro. Y, de pronto, sonó una voz, que decía:

—¡Anda, *Literato*, escribe ahora!

Y el *Literato*, que estaba pegado a un surco, cerca del boquete que había hecho un obús, contestó a gritos:

—Pues, mira: me dais una idea...

Y sin corregir su postura, sacó el cuadernillo, y de bruces se puso a escribir.

Cuando pasó el turbión íbamos a volver al camino. Nos levantamos, sacudiéndonos la tierra de las explosiones. El *Literato* no se movió. Seguía con la atención en su cuaderno, escribiendo. Cuando le dimos prisa para que se levantara, dijo:

—No puedo; debo tener un balazo en una pierna.

Y era verdad. Una bala de ametralladora de avión le había perforado el muslo derecho. Y ni siquiera se había quejado.—AUGUSTO MONTILLA.»

Un niño que duerme

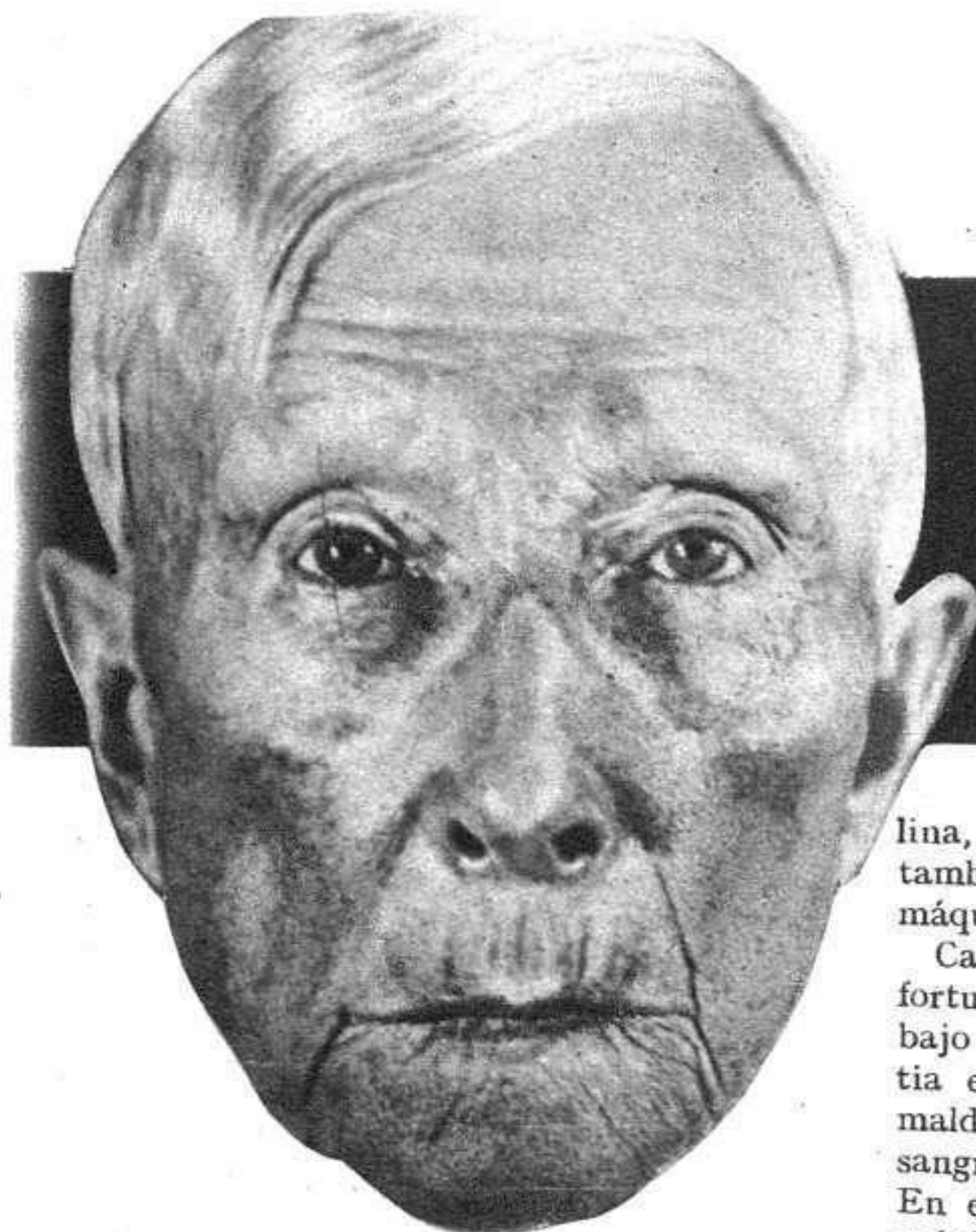
«Como yo tengo lujos, lo que más me ha impresionado es esto que vi una mañana. Después de toda una noche de combate, logramos hacer huir a los facistas de un caserío donde se habían hecho fuertes. Había habido fuego de artillería y de aviación. Después nos lanzamos al asalto y logramos entrar en la aldea. Estaba destrozada, solitaria. Encontramos muertos y heridos, que no habían podido retirar. Algunos vecinos leales, que habían huído al monte, vinieron al vernos. Lloraban las mujeres viendo sus casas deshechas. Los fascistas se habían llevado a los hombres útiles y habían fusilado a varios campesinos.

Entré con otros

dos compañeros en una casuca medio destrozada por la metralla, y a cuya puerta estaba una mujer muerta. Y en una habitación interior, que daba al corralillo, vimos, en una cama, a un niño inmóvil, con los ojos cerrados. Creíamos que estaba muerto. Pero no: estaba tranquilamente dormido. Ni las explosiones, ni la lucha terrible, nada había sido capaz de turbar aquel bendito sueño inocente. La guerra y la muerte habían pasado al lado de aquel niño de un año, en aquel combate que duró toda una madrugada, sin que él se enterara. Y a todos nos dió pena y envidia de aquel niño.—LEONCIO GARCÍA SÁNCHEZ.»



Una pausa en la lucha: La higiene personal ha de ser un cuidado primordial de los combatientes (Fot. Vide)



ROCKEFELLER

La muerte del multimillonario acaparador de petróleo

EN Nueva York, a los noventa y ocho años de edad, ha muerto Rockefeller. Gerifalte del oro, gigante de millones, es quizá el único coloso de la Fortuna que intentó hacerse perdonar su riqueza.

Ser rico como Morgan, como los Rotschild, como Zaharoff, como los Schneider, como los Krupp, es, más que un pecado, un delito de lesa humanidad. Todas esas fortunas ingentes tienen una enjundia de dolor, de sangre, de injusticia humana. Detrás de esas firmas próceres, grandes sacerdotes del dios amarillo, hay legiones infinitas de hombres que para amasarlas dieron sus energías, su sangre, sus vidas. Son los monstruos lívidos del mundo moderno. Ellos acapararon el metal dormido en las entrañas de la tierra, el combustible atesorado en sus negros abismos, el caucho que sangra en los bosques, el mineral líquido que fluye por las venas del planeta. Pero no fué sólo para que los otros hombres tuvieran máquinas que les facilitaran la vida, trenes y automóviles que los relacionaran entre sí, alimentos para sus necesidades y remedios para sus males. El acero y el carbón, la electricidad y la gaso-

lina, en manos de los colosos del dinero, son también, y sobre todo, instrumentos de guerra, máquinas de destrucción, móviles de odio.

Cada golpe financiero que multiplica esas fortunas fabulosas implica el sacrificio, el trabajo brutal, el aniquilamiento físico y la angustia económica de millones de hombres. Oro maldito, que tiene en sus lingotes vetas de sangre, aleación de lágrimas, medula de dolor. En el origen de todas esas fortunas colosales palpita un crimen, porque existe el germen de una terrible injusticia.

Rockefeller, valetudinario, caquéxico, acartonado, pergamino viviente que cubría dura osamenta—¡a los noventa y cinco años todavía jugaba al polo!—, es quizá la única excepción entre ese escuadrón dorado que por encima de las Cancillerías y los Parlamentos rige los destinos del mundo.

Rockefeller era generoso. El petróleo, la electricidad y los ferrocarriles le habían hecho multimillonario. El no tenía la capacidad renunciadora de despreciar su fortuna, como un Tolstoi, o la espiritualidad mística de un San Francisco, palpitante de humildad. Pero se permitía el lujo moral de dar, y saber dar, que no es frecuente en los poderosos.

Rockefeller acaso tenía clavada en su conciencia la espina de saber lo terriblemente injusto de toda riqueza excesiva. Y a la suya supo darle un aire benéfico y romántico. Todo el dinero de que quería disponer Rockefeller iba a parar a las obras filantrópicas y, sobre todo, a instituciones de cultura, hospitales, clínicas, fundaciones de carácter científico, institutos de investigación, experiencias químicas, obras de higienización.

Este hombre limpio y sano, que había de morir a los noventa y ocho años, parecía tener la obsesión de las enfermedades infecciosas que acortan la vida del hombre. Y sus máximos donativos eran para sostener clínicas, hospitales, centros científicos donde se batallara contra esos morbos invisibles que roen la vida humana.

Dos mil quinientos millones de dólares constituyen la fortuna de Rockefeller al morir. Deja en su testamento quinientos millones en legado para las instituciones benéficas que con su nombre están esparcidas por el mundo. Durante su larga vida de potentado, Rockefeller dió para obras humanitarias y culturales, para socorrer calamidades públicas, para ayuda de empresas científicas, más de cuatrocientos millones de dólares.

El viejecito que acaba de extinguirse en



Rockefeller era ya en estos últimos años una verdadera ruina física, un cadáver viviente. Estas dos fotografías del multimillonario reflejan ese lamentable estado a que había llegado en esta época final de su vida

Nueva York, el viejecito—piel y huesos—que ya tenía perfil de simio y ojos húmedos de falderrillo, habrá hecho tranquilo su tránsito a la eternidad. Esperando que su riqueza le ha sido perdonada. En sus pozos de petróleo, en sus minas, en sus ferrocarriles, millares de hombres se agotaron para acrecentar, dólar a dólar, su fortuna fabulosa. Pero de esa soberbia del dinero en cantidades astronómicas absolvía al viejecito poderoso su gran comprensión, su fina intuición generosa de lo humano.

Rockefeller ha sido el único potentado moderno que no ha querido jamás invertir ningún dinero en industrias cuya producción sirviera para la guerra. El dinero de los Krupp, de los Vickers, de los Schneider, de los Zaharoff, especuladores de sangre, malabaristas de la muerte, no le producía envidia.

Hace ocho años se celebró una especie de jubileo de Rockefeller. El mundo convalecía entonces de una hecatombe, como ahora se prepara para otra nueva. Se habló en el acto solemne de la necesidad de sostener la paz, de que el mundo restañara para siempre sus trágicas heridas.

Y Rockefeller, rodeado de los médicos, de los químicos, de los profesores de sus instituciones benéficas, que habían acudido a hacerle homenaje desde todas las partes del mundo, dijo, sencillamente, con su tenue voz de abuelo:

—Estad seguros por mí. Con mi dinero no se ha fabricado ni se fabricará nunca un cañón.

Frase lapidaria, que es el mejor poema a una vida. Y digna también de que se labre en su tumba, como el más emocionante epitafio.

J. F.

Cómo ha vivido Rockefeller sus últimos años

Era un cadáver viviente en su residencia magnífica e impenetrable de Lakewood

TODA América seguía con apasionada atención el *match* que Rockefeller había entablado con la Muerte. La gran ambición del millonario famoso era llegar a los cien años. Los cumpliría el 8 de Julio de 1939. Para realizar este deseo, Rockefeller había tomado toda suerte de precauciones y se rodeaba de toda clase de cuidados. Los médicos le rodeaban constantemente, apartando de él cuanto pudiera dañar su salud. La Muerte, sin embargo, le ha vencido, y el millonario no ha podido lograr su ambición. Ha muerto cuando aun le faltaban dos años para llegar a los cien.

El inútil deseo de los periodistas

Era ya, en realidad, un cadáver vivo. Apenas una sombra humana, que luchaba con la Muerte en su residencia americana de «Golf-House». Alguna vez, un diario, en su afán de sensacionalismo, publicaba una entrevista con Rockefeller. Pero esa información no era real, porque hace ya algunos años que el millonario no recibía a los periodistas. Ni a nadie. En su vida aislada, impenetrable, sólo le veían los médicos, los sacerdotes y los familiares.

La última vez que los periodistas intentaron ver a Rockefeller fué hace tres años. No se logró su propósito. A la puerta de la residencia, del millonario, un señor dijo a los representantes de la Prensa:

—Es inútil cuanto ustedes hagan. No le podrán ver. No recibe a nadie hace tiempo.

Los periodistas habían ido desde Nueva York, y para no dar por completo perdido su propósito, se entrevistaron con el médico, con el dentista y con el sacerdote de Rockefeller. El médico les aseguró que la salud del millonario era perfecta. El dentista les dijo que su cliente tenía aún diecinueve dientes en buen estado. Según el sacerdote, el rey del petróleo era un excelente cristiano.

La residencia del multimillonario

La residencia del multimillonario estaba en la minúscula ciudad de Lakewood, a unos ciento veinte kilómetros de Lakewood, a unos diez kilómetros de las orillas atlánticas. Lakewood era entonces una ciudad con una iglesia, un hospital, un cine y un cadáver vivo que se llamaba John Rockefeller.

«Golf-House» era la residencia del multimillonario. Una posesión amplia, con un edificio central de tres pisos. Una alta muralla de piedra separa esta residencia del resto del mundo, aislándola totalmente. Parece una fortaleza. A la entrada, de día y de noche, se hallan dos guardianes, con la orden rigurosa de no dejar pasar absolutamente a nadie. Sólo los contados

intimos del millonario lograban penetrar allí. Aquella última vez que los periodistas se acercaron a «Golf-House» vieron, cuando insistían en su deseo de saludar, aunque sólo fuera un momento, a Rockefeller, que en la puerta de la residencia aparecían seis guardianes más, armados también.

Un simulacro de vida

Los que vivían cerca del millonario cuidaban celosamente de que el pueblo americano no llegase a conocer la imagen verdadera y lamentable del que era considerado como un héroe nacional. Rockefeller era una ruina física, un muerto en vida, que arrastraba lastimosamente un simulacro de existencia. Había que cuidar de que esta pobre imagen no llegase a las multitudes de Norteamérica, para las que Rockefeller era casi un semidiós.

Era un cadáver viviente. Y para prolongar esta pobre existencia, los médicos le habían apartado de todos los goces de la vida. Se alimentaba en sus últimos años solamente con leche y bizcochos. Respiraba un aire artificial, cargado de oxígeno, porque hacía ya tiempo vivía encerrado siempre en una misma habitación del castillo. El único placer de su vejez era el *golf*, y hubo de renunciar a él.

Desde hace cuatro años no leía periódicos. Nada le interesaba de lo que pasaba en el mundo. Ignoraba las últimas hazañas aéreas, los viajes a la estratosfera, la guerra italoetíope, la guerra de España... Ni de la marcha de sus propios negocios tenía noti-

cias. Era, en fin, un hombre acabado, un hombre que, en verdad, había ya muerto.

Rockefeller «junior»

Hacía varios años ya que no se ocupaba de sus negocios, en los que le había sustituido su único hijo, llamado también John. Rockefeller *junior* tiene sesenta y cinco años de edad. Y es, de hecho, el hombre más rico de América. Antes de la muerte de su padre había ya recibido de éste mil millones de dólares. Gastaba anualmente cinco o diez millones en obras de beneficencia o de cultura. (Sabido es que los Rockefeller, al pensar en estas creaciones de tipo espiritual, querían redimirse un poco del origen turbio de su inmensa fortuna.)

En su residencia impenetrable, hermética, le ha llegado la Muerte a Rockefeller *senior*. En el *match* que los dos habían entablado, ella ha sido la vencedora.



Rockefeller retratado con sus biznietos

LA FABRICA

J. G. Girod

S. A.

Calle del Porvenir, núm. 2
(Fuente del Berro)

Hace toda clase de trabajos de carpintería, ebanistería, muebles, instalaciones de tiendas, etc.

Pidan presupuestos llamando al teléfono

5 2 6 8 5



LO IMPREVISTO

Un rey con el puño en alto y un ángel que extiende el brazo

Con el puño en alto

El tiempo es buen escultor de estatuas imprevistas. Con sus limas invisibles va mordiendo los contornos de las cosas hasta hacerles tomar una nueva fisonomía. Dedos de agua y de aire trazan a cada momento la parábola del contorno nuevo, del perfil insospechado y sorprendente. Y a veces, por arte mágico de la casualidad, surge de pronto la gracia inédita de lo absurdo.

La piedra es siempre buen yunque para este eterno martillar del tiempo; bocado propicio para los dientes ávidos del aire. El tiempo se tiende con las estatuas tendidas, y no para hasta lograr la irreverencia del desnarigamiento, o se yerque junto a las erguidas para inocularles su lepra. ¿Veis este rey de piedra?

Tiene el aire de un naipe blanqueado. Parece que ha salido de un decorado antiguo del Tenorio para el cuadro del cementerio. Desde su pedestal, un poco a lo Don Tancredo, ha visto muchas cosas, mientras los dedos se le iban ca-



yendo, en un otoño inexorable de vejez. Antes de que se le fuera la nariz definitivamente, estuvo en el alero de Palacio, haciendo equilibrios funambólicos, de espaldas al paisaje velazqueño del Pardo y de la Casa de Campo.

Más de veinte años estuvo allí, en un ángulo del edificio, con una tea encendida en la mano derecha, cuajada en lengua salomónica de llama solidificada. Pero los dedos del tiempo le han arrancado la tea de la mano y le han dejado al aire el puño cerrado. Aun la conservaba cuando aquel magnífico caballero de la genialidad que fué don Ramón del Valle Inclán convocó a los pies de la estatua al más pintoresco conclave nocturno que jamás se viera, para una lección de Historia. Por apuesta, don Ramón había salido del café donde la música «de ese teutón que llaman Wagner» no le dejaba gritar a sus anchas, dispuesto a recorrer una por una todas las estatuas de la plaza de Oriente, narrando la biografía de cada rey. Sin una vacilación, puso en práctica su propósito, rememorando hazañas guerreras, disposiciones de Gobierno, manejando fechas con aquel desparpajo genial con que don Ramón se saltaba a la torera, en sus narraciones, los obstáculos de la memoria. Pero uno de los oyentes le objetó, ante esta estatua de Ramiro I, queriendo ponerle en un aprieto: «Este Ramiro I, ¿es el de Aragón, hijo de Sancho III, de Navarra? ¿O el octavo rey de León, hijo de Bermudo I?» Y don Ramón, que, contra lo que pudiera creerse a primera vista, a juzgar por el tono pintoresco con que había hecho las descripciones anteriores de los distintos reinados, hizo una de sus mejores páginas de arte, al contestar al preguntón. Habló de Nepociano y de Aldroito, los dos rebeldes a quienes Ramiro I dejó con las órbitas vacías, con la gracia narrativa y el primor literario de sus mejores páginas. Y, sobre todo, describió la batalla de Clavijo y el caracolear gallardo del caballo de Santiago, hecho un 11 de baraja, como si hubiera sido testigo presencial de la derrota de Abderramán.

Luego se fué despidiendo de todas las estatuas, lanzándole a la mayoría los más graciosos insultos que se hayan dicho jamás.

Desde la visita nocturna de don Ramón a lo que él llamaba osario real de estatuas y fosa común de la piedra, hasta hoy, el tiempo ha seguido su labor de escultor imprevisto, arrancando orejas, tumbando dedos, cercenando narices...

A Ramiro I le ha quitado de un golpe aquella lengua salomónica de fuego que tenía en la mano derecha, con la que alumbró, durante tantos años, un trozo del tejado de Palacio.

Y le ha dejado el puño cerrado y en el aire, en saludo antifascista, frente a la puerta por donde salió para siempre el último representante de una Monarquía cuyos recuerdos de piedra también van desapareciendo poco a poco.

El tiempo, que es un buen escultor de estatuas imprevistas, es también un buen cincelador de la ironía. Porque un rey con el puño en alto, en saludo antifascista, es una imagen que no se ve todos los días.

Con el brazo extendido

¿Alcanzan hasta la cúpula de ese edificio las escaleras de los bomberos? ¿Qué hace ahí ese ángel de bronce tirando al aire su brazo en saludo a la romana? Cuando se hizo el edificio y colocaron la estatua allí, aun no se habían planteado en Europa las consecuencias de la marcha sobre Roma. Mussolini andaba todavía preparando su futura traición al proletariado de Italia, y si saludaba como un César de guardarropía era ensayándose para el futuro, y a solas. Pero aunque el ángel no sea la estatua del fascismo, es demasiado gráfico su gesto para que no se haya pensado todavía en apearle del tejado.

¿Alcanzan hasta allí las escaleras de los bomberos?

ANTONIO OTERO SECO

(Fots. Piortiz)

CATALUÑA

y los refugia- dos de la guerra

El oleaje violento de la guerra arrojaba a las zonas alejadas de la lucha masas angustiadas de no combatientes. Ancianos, mujeres, chiquillos, que corrían espantados, en los ojos la visión de sus hogares destrozados, en sus oídos la bronca canción de los cañones y de las bombas de aviación.

Otras tierras, otros hogares abrieron sus brazos a los que llegaban huyendo del dolor de la guerra. Cataluña acogió amorosamente a los refugiados que en ella—en los hogares proletarios, en los hogares hermanos—buscaban amparo contra las heridas brutales de la lucha.

En las ciudades catalanas, como en los pueblos humildes, el sentimiento ante los refugiados fué el mismo, unánime y fervoroso: de solidaridad ardiente para con los que llegaban de las zonas azotadas por la guerra. Todos se desvivían por atender a los fugitivos. Cada hogar catalán se convertía en un hogar nuevo, tibio y acogedor, para aquellas mujeres y aquellos chiquillos que desde Madrid, desde Castilla y desde Andalucía—campos rotos por la metralla, cielo de incendio—llegaban a Cataluña.

Pero era necesario organizar, canalizar todos estos esfuerzos individuales, aislados. Por muchos que fueran los refugiados, ninguno debería quedar sin asistencia. Se imponía la necesidad de un control superior, y a esto obedeció la creación del Comité Central de Ayuda a los Refugiados, en Octubre. Formaban este orga-

nismo un representante de cada una de las sindicales e instituciones siguientes: C. N. T., U. G. T., Socorro Rojo Internacional, Protección de Infancia Obrera, Asistencia Infantil, Ajut Infantil de Retaguarda, Comité de Ferrocarriles M. Z. A., Consell de la Gastronomía, Asociación de Banca y Bolsa, Delegación del Consejo Superior de Protección de Menores, Asistencia Municipal y Asistencia Social de la Generalidad. Presidía este Comité el doctor Martí Ibáñez, director general de Sanidad y Asistencia, que ha puesto en la alta tarea a él encomendada un auténtico entusiasmo y un cálido afán de perfección.

Bajo la dirección inteligente del doctor Martí Ibáñez, el Comité ha venido desarrollando una gran labor, en la que ha interesado sentimentalmente a todo el pueblo catalán. De este modo, la asistencia al refugiado no es un deber que se cumple fríamente, sino una labor que se realiza fervorosamente, en un ímpetu hondo y entrañable de solidaridad. Todos en Cataluña se sienten contagiados del afán de ser gratos a los que han llegado allí

huyendo de la lucha. Es como una fuerte corriente de vibración sentimental, como una repercusión emotiva del afán que en esta obra viene poniendo el Comité Central de Ayuda a los Refugiados.

La obra realizada ha sido magnífica. El mejor elogio de ella está en el hecho de que en un espacio de tiempo relativamente breve han sido controlados más de ochenta mil refugiados y cerca de diez mil niños, distribuidos en varias comarcas, instalados en colonias o atendidos en régimen familiar.

Esta es la obra de la retaguardia: una retaguardia humana, apasionada, atenta al dolor de los que combaten y de los que sienten la guerra en su carne y sus hogares propios. Cataluña tiene un legítimo motivo de orgullo en esta atención generosa con que viene abriendo sus brazos, desde que la lucha empezó, a los que en ella buscan amparo. Para estos hombres, para estas mujeres, para estos chiquillos, Cataluña es ahora como un inmenso hogar.

JOAQUIN MIRO.



La guerra química

III

Cómo deberá ser protegida la población civil contra el terrible peligro

Los cuerpos «fugaces» y los cuerpos «persistentes»

Los cuerpos tóxicos empleados en la Gran Guerra vienen a formar dos grandes grupos: el de los que podríamos llamar cuerpos «fugaces» y el de los que podríamos llamar cuerpos «persistentes». Los primeros están en estado gaseoso o en estado de polvo, y llegan a los sitios propuestos en forma de una nube, que se disipa con bastante rapidez. Los cuerpos persistentes son, por el contrario, lanzados, la mayor parte de las veces, en estado de gotitas, y se pegan al suelo y a los objetos.

Si se emplean los primeros, el campo en que se ha verificado el ataque, una vez acabado éste, vuelve a quedar libre. Si se emplean los segundos, el campo del ataque permanece afectado más o menos tiempo. Y en los dos casos, bien en el momento del ataque o bien después de éste, los cuerpos lanzados sobre los objetivos propuestos producen efectos de distinta nocividad.

Hay que instruir y preparar a la población civil

Empleada el arma química en cualquiera de esas dos formas, ¿qué cabe hacer en favor de la población civil atacada? Una necesidad,

ante todo, se sitúa en primer plano: la de que esa población civil esté preparada e instruída sobre los ataques químicos, sobre sus efectos y sobre los modos de defenderse contra ellos.

Es indudable—en apoyo de esta necesidad de una instrucción sobre el arma química—que en un ataque químico por sorpresa puede tener en las grandes aglomeraciones un efecto moral a veces más terrible que el propio efecto material. El pánico puede dar lugar a verdaderas catástrofes. Además, hasta para el empleo de los medios de protección es necesario que las poblaciones civiles estén instruídas en aquel sentido. Sabido es que la instrucción y la disciplina son fundamentales para los ejércitos. Pues bien: una población que puede ser objeto de ataque debe ser instruída y disciplinada como un ejército.

Claro es que la instrucción de la población civil no debe ser una improvisación de la guerra. Es evidentemente necesario que una ciudad que, por las razones que sean, pueda ser atacada con armas químicas, esté instruída ya acerca de ello en tiempo de paz.

Ejercicios de defensa contra la guerra química en Londres. La conducción de los supuestos atacados a los puestos de socorro

El aviso del peligro

La población civil está ya instruída, preparada convenientemente para el caso de un ataque con armas químicas. Llega éste. ¿Qué cabe hacer? Cuatro son los tiempos o puntos fundamentales a que cabe referirse, una vez que se tiene la certeza del terrible ataque: el aviso a las poblaciones, su protección, la desinfección de los lugares alcanzados y el cuidado de los hombres intoxicados por los gases.

En cuanto se conoce la amenaza de un ataque de este género sobre una población, debe hacerse llegar a todos, por los medios previstos, la consigna que se haya establecido para un caso de éstos. Esto es fácil y relativamente poco costoso. En la última contienda, las grandes aglomeraciones estaban perfectamente advertidas, una vez que se había logrado señalar la proximidad del enemigo. No hay, sin embargo, que engañarse creyendo que es un problema absolutamente sencillo este de señalar la presencia del adversario. En maniobras aéreas recientes se ha demostrado que podían pasar aviones volando a gran altura y provistos de amortiguadores del ruido de sus motores sin ser vistos por las defensas antiaéreas. Se ha demostrado que en algunos casos la población podía ser completamente sorprendida por un ataque imprevisto.



Población activa. Población pasiva

Supuesta una vigilancia eficaz, llega ahora el segundo punto: la protección de la población civil. Habrá que proteger, en una ciudad atacada, hombres y cosas. En primer lugar, naturalmente, hombres.

A menos que la ciudad esté dentro de la zona de combate, debe admitirse que una población civil no estará siempre en la necesidad de protegerse. Por tanto, puede suponerse que, en caso de ataque, una parte de la población podría dejar momentáneamente sus ocupaciones. Por el contrario, otra parte de la población —los empleados de servicios públicos, bomberos, Policía, etc.—no podrán dejar de trabajar ni durante el ataque.

De acuerdo con esto, los técnicos del Comité Internacional de la Cruz Roja propusieron que la población civil fuese dividida en dos grupos: población activa y población pasiva. La población activa, la que ha de continuar trabajando durante el ataque, debe ser protegida igual que los soldados; a los que forman parte de ella se les debe dar, como a los soldados, un aparato de protección individual contra los gases, una careta tan perfecta como las utilizadas por el ejército.

La protección colectiva de la población civil

El resto de la población—población pasiva—puede ser protegida colectivamente, no de una manera individual. Esa protección será hecha durante el ataque, por medio de albergues cerrados a los gases: los sótanos, por ejemplo, o simplemente los locales cuyas salidas puedan ser cegadas. Es necesario que en estos albergues se pueda vivir respirando el aire puro. Hay, por lo tanto, que hacer llegar a ellos un aire filtrado, libre de los gases tóxicos, y habrán de estar provistos de dispositivos de filtración o neutralización de los gases.

Se dispondrá también en estos albergues de un aparato de ventilación que haga pasar el aire a través del filtro. Este aparato, por medio del aire purificado, creará una sobrepresión en el alrigo, que permitirá, por una parte, expulsar el aire respirado por los ocupantes a través de las aberturas que hubieran podido dejarse, e impedirá, al mismo tiempo, la penetración del aire tóxico del exterior. Como es lógico, todo esto no puede improvisarse. Por ello, ya en tiempo de paz, habrá que buscar los locales que puedan ser utilizados.

Una defensa reforzada

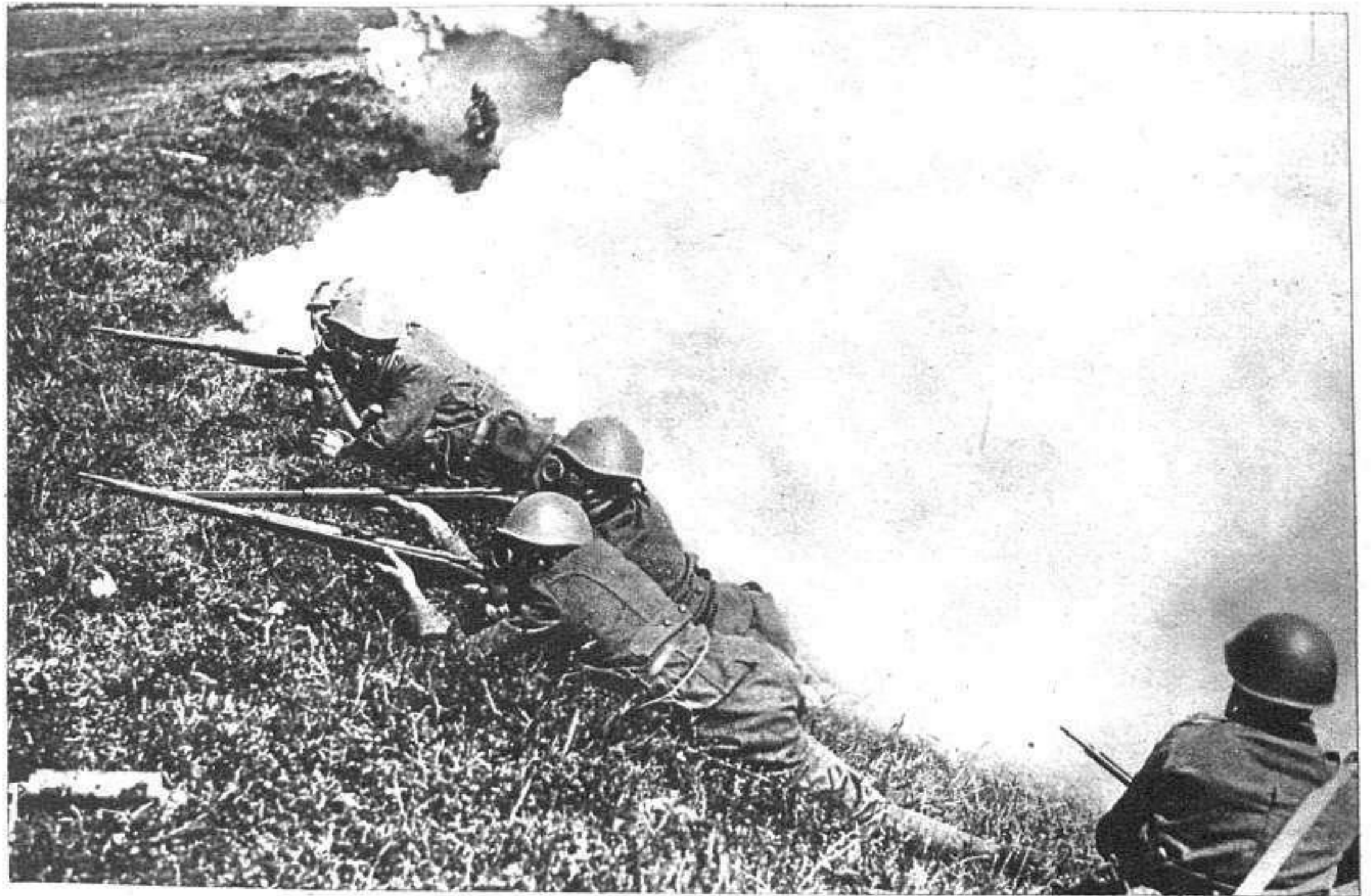
No por todos, sin embargo, se cree que esa protección a la población pasiva pueda hacerse sólo a base de estos abrigos. Según muchos técnicos, a esa población se le debería también proveer de caretas, que podrían ser más simples que las de los combatientes y que, en caso de necesidad, permitirían a los hombres situados en los abrigos librarse del que estuviese infectado, como también a la población que no hubiera encontrado sitio en los albergues salir de las zonas infectadas. Habría de disponerse, por todo ello, de caretas en grandes cantidades.

La atención a los intoxicados

Los gases llegarán, a pesar de todas las medidas de protección, a determinados sitios. El suelo de las calles puede ser infectado; infectadas, también, las paredes de los edificios.

Por tanto, en el transcurso del ataque y después de él, habrá que desinfectar esos lugares alcanzados por los cuerpos tóxicos. Se crearán para ello equipos de desinfección, especialmente protegidos y provistos del material necesario para cumplir rápidamente este cometido.

Habrán también, de modo inevitable, personas alcanzadas por el gas e intoxicadas. Para atenderlas se establecerán puestos de socorro, con un personal práctico, y hospitales especiales. Se dispondrá de medios de transporte para conducir hasta esos hospitales y puestos de so-



En unas maniobras, los soldados avanzan protegidos por caretas contra los gases y al amparo de unas cortinas de humo



Cómo se fabrican en Londres las caretas de protección contra las armas químicas

corro a las personas intoxicadas. Además, si éstas han sido alcanzadas por cuerpos persistentes, será preciso llevarlas a los puestos de desinfección.

La protección de los edificios

Todo esto, en cuanto a las personas. Pero habrá también que proteger las cosas, ciertas cosas. Hay una clase de edificios que no pueden ser evacuados por la población, y que deberán seguir ocupados durante la guerra: los edificios públicos en que residen las autoridades gubernativas, las centrales eléctricas y de suministro de aguas, los depósitos de abastecimiento, los mercados, los hospitales, de los que no todos los enfermos pueden ser evacuados... Todos estos edificios deben ser transformados y equipados parcialmente para su protección contra la guerra química.

Y a pesar de todo...

Y, sin embargo, a pesar de todo ello—previsiones, defensas, instrucciones, caretas, abrigos...—, la seguridad nunca es absoluta y el riesgo es grande y dramático. Hay que tener en cuenta, en primer término, esto: la guerra química es una guerra de sorpresa. Los medios

de destrucción estudiados y preparados en un laboratorio pueden perfectamente mantenerse en secreto. A lo largo de una guerra, el armamento químico puede ser modificado y transformado con mayor facilidad y sigilo que el armamento para la Artillería y las otras armas de fuego.

Por ello, cabe suponer que determinada careta, estudiada y preparada para proteger cuerpos ya conocidos, sea inútil ante la aparición de cuerpos desconocidos. O que esa careta, eficaz al comienzo, ya no lo sea después. Es más: no es aventurado suponer que un beligerante, conocedor de las caretas de que dispone su adversario, estudie el modo de aniquilarlas.

Tampoco puede ser completa la protección de los albergues. En la Gran Guerra se protegió contra los tóxicos a los ejércitos, y, no obstante, éstos sufrieron los efectos de las armas químicas. Aunque la población civil fuese protegida como un ejército, también sufriría pérdidas, posiblemente mayores o, por lo menos, iguales, ya que es mucho más difícil proteger a los niños, los viejos y los enfermos, que a los soldados. Contra todas las previsiones, contra todas las defensas, la población civil, si es atacada químicamente, sufrirá de modo inexorable los terribles efectos de los tóxicos de combate.



Barcelona

La Fiesta infantil
de la Buena Voluntad



La jota valenciana, interpretada por niños en la fiesta ahora celebrada en Montjuich a beneficio de los refugiados de la guerra



↑ El público infantil de la fiesta de la Buena Voluntad, celebrada en el parque de Montjuich, de Barcelona, con la intervención de niños de todos los países

Niños catalanes interpretaron en la fiesta las sardanas tradicionales, entre el entusiasmo del público que asistió al festival



← Unos chiquillos valencianos leyendo ante el micrófono una cuartillos con motivo de la Fiesta de la Buena Voluntad, celebrada a beneficio de los niños refugiados de la guerra

↑ Algunos de los niños extranjeros que colaboraron en la Fiesta Infantil celebrada en Montjuich

(Fots. Torrents)



LOS NIÑOS SIENTEN LA GUERRA

Una Exposición Infantil de Dibujos Antifascistas en Valencia



La entrada a la Exposición Infantil de Dibujos Antifascistas que se está celebrando en Valencia

(Fots. Vidal Corella)

Algunos de los dibujos expuestos por los chiquillos en Valencia ↓



RECIENTEMENTE se ha inaugurado en Valencia una interesantísima Exposición Infantil de Dibujos Antifascistas, organizada por Cultura Popular.

Tiene esta Exposición un encanto y una virtud. El encanto infantil, ingenuo, sencillo, de unos pedazos de papel, en el que queda desarrollado plenamente el ingenio de los chicos. La virtud de conocerse, de poderse ver claramente cómo esta guerra tremenda y cruel ha llegado al fondo del alma de los niños.

Muchos de los autores de estos dibujos son chiquillos evacuados de Madrid. A esto, sin duda, se debe la preferencia por los temas de bombardeo, como si sobre el ánimo infantil permaneciera aún la visión de aquellas jornadas dramáticas vividas en Madrid.

Todos los dibujos de bombardeos tienen emoción; pero ninguno como éste, de un muchacho de Madrid, evacuado, que representa una madre con un niño en brazos, rodeada de dos pequeños más, que corre horrorizada por la calle, mientras unos aviones negros vuelan en torno a ella. Y al pie, escalofriante, con angustia salida del fondo del corazón, el siguiente epígrafe: «Esta madre española clama venganza.»

Pero no es sólo los bombardeos de la aviación fascista lo que más ha obligado a los niños a repetir la escena. Está el hundimiento del buque soviético *Komsomol*.

También sobre esto los niños han trazado muchos dibujos, que demuestran hasta qué punto llegó a ellos la tragedia marítima. Y en ella expresan gráficamente su sentimiento antifascista. Vive en el pensamiento de ellos. Así se ve en los dibujos el amor hacia la Unión Soviética, que con tanto cariño ha enviado su adhesión palpable a los niños y a las mujeres de la España republicana.

Los niños sienten el orgullo de decir que la

idea de construir un nuevo *Komsomol* partió de ellos. Y así fué, desde luego. En un mitin, que era, a la vez, responso laico por aquellos que llegaron a Valencia con el cargamento de felicidad, todos los oradores pronunciaron palabras tristes y discursos patéticos; pero nadie expuso la idea. Un niño, un muchacho de catorce años, se levantó para pedir que en Valencia se construyera un nuevo *Komsomol* y ofrecerlo a la U. R. S. S., como motivo de agradecimiento a la patria de los trabajadores.



Los trabajos para la instalación de esta Exposición de Dibujos Infantiles

Y esto es lo que consignan al pie de los dibujos que representan el hundimiento del barco ruso los pequeños artistas revolucionarios.

Los demás dibujos, hasta quinientos o seiscientos, son escenas guerreras, algunas magníficamente logradas; otras, con cierta gracia infantil, que le da más carácter a la Exposición. En ellos abundan caricaturas, con epígrafes graciosísimos; dibujos de nuestros héroes, y hasta retratos de los más destacados combatientes republicanos. No podía faltar tampoco el retrato del ilustre general Miaja, el gran luchador de la causa del pueblo, por el que los chicos también sienten su veneración.

La Exposición Infantil de Dibujos Antifascistas ha sido un gran éxito. Y lo ha sido doble porque en ella se demuestra cómo sienten la guerra los niños.

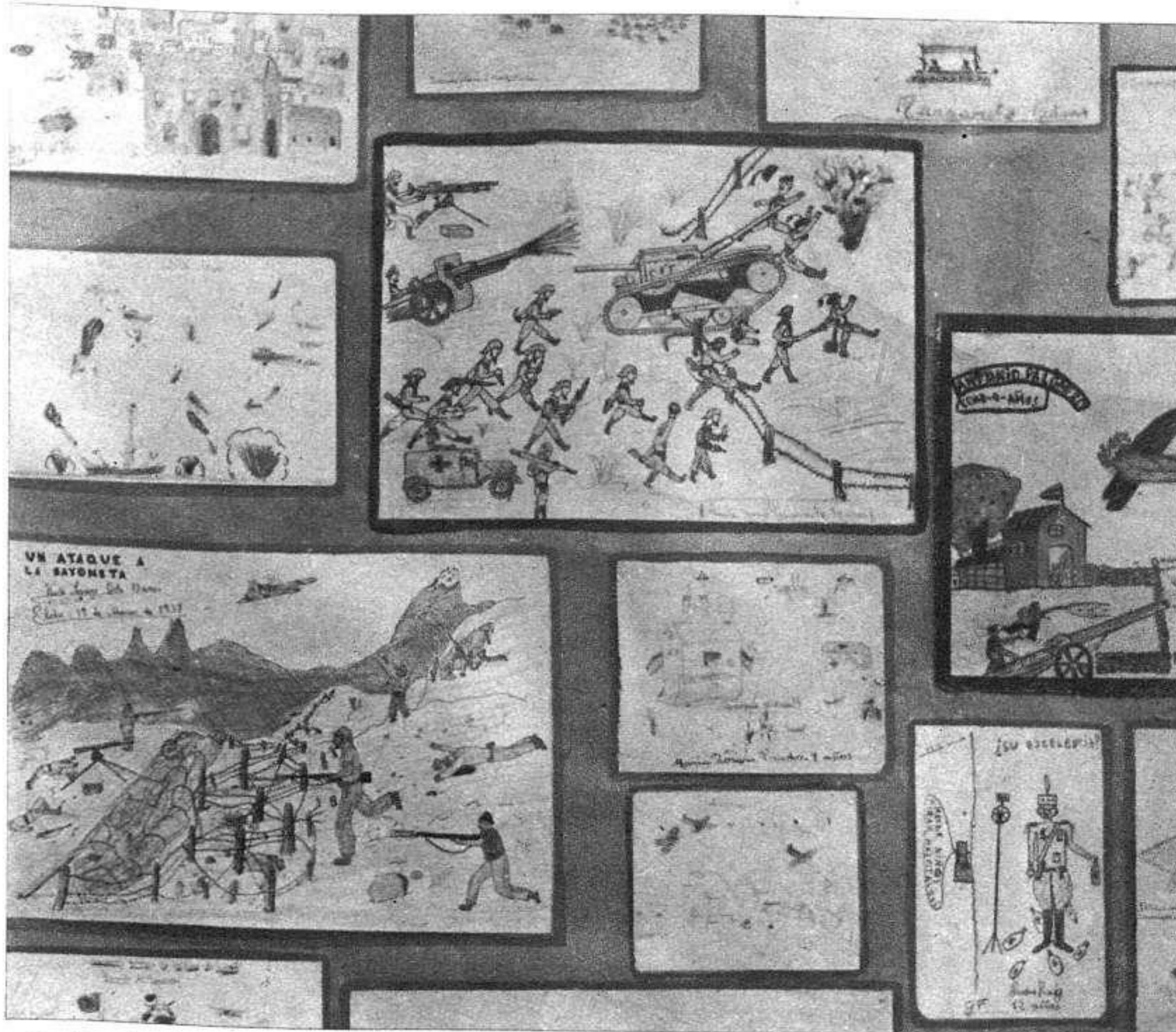
Cabe elogiar la labor magnífica de José Manaut Viglietti, organizador, en colaboración con los demás compañeros de Cultura Popular, de la que es secretario general del Comité provincial. La idea se desarrolló inmediatamente y se expuso en una circular enviada a los maestros nacionales y profesores de Dibujo de Primera enseñanza, sobre temas de la guerra, para ver la reacción que ésta ha producido en el espíritu de los niños.

Inmediatamente llegaron cantidades grandes de dibujos—hasta cerca de tres mil—, y comenzó a actuar el Jurado. El Jurado, que estaba compuesto por el director general de Bellas Artes y gran artista, José Renau; el poeta León Felipe, por la Casa de la Cultura; el pintor Salvador Bartolozzi; Antonio Robles, escritor; Emilia Elías, profesora; Arturo Aceber, por Cultura Popular, y José Manaut Viglietti.

Se escogió lo más ingenuo, lo más infantil, y se rechazó aquello que apareció ya en revistas y libros, cuyo tema había sido copiado.

Y la Exposición ha sido un hecho merced a la ayuda, disposición, decoración e instalación de los artistas Elena Verdes Montenegro, Juan Ferrer Carbonell y Francisco Povo.

Del éxito, de la magnificencia de esta Ex-



Un detalle de la Exposición que los chiquillos—muchos de ellos evacuados—celebran ahora en Valencia

(Fots. Vidal Corella)

posición, da idea el detalle siguiente: que la Asociación Española de Relaciones Culturales con la U. R. S. S. ha propuesto el trasladarla íntegra, tal como está instalada, a Moscú.

Y ello es una prueba fehaciente de que esta obra debía ser celebrada en otras capitales.

Y también que llegara no sólo adonde conocen perfectamente nuestra lucha, sino a esa parte del Extranjero donde no la conocen... o no la quieren conocer.

FAUSTO LAMATA

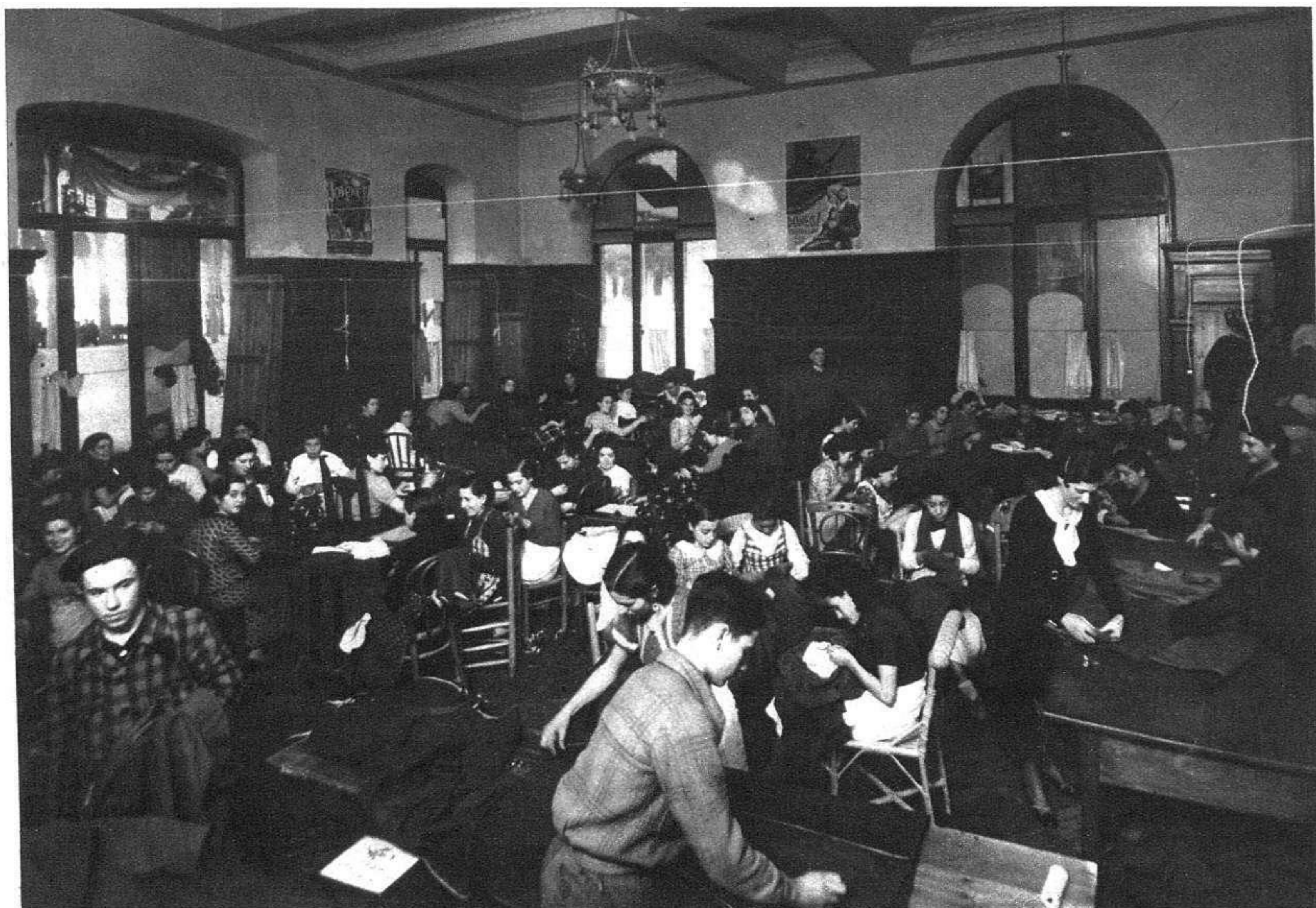
Valencia, en Madrid



Ramper, Pastora Imperio, la Yankee, Pompo y Thedy y demás artistas que recientemente actuaron en el Teatro Pardiñas en la magnífica función organizada por la Casa de Valencia en pro de los hospitales y heridos de guerra, reunidos con el presidente de dicha entidad, camarada Peñalba (x), y otros elementos de la Casa de Valencia (Fot. Vide)

ALICANTE

Hombres y víveres alicantinos para los frentes de guerra



Desde el 18 de Julio, este taller de ropa de la Federación Provincial Socialista de Alicante está produciendo prendas para los luchadores de aquella provincia incorporados a los distintos frentes

EN el Levante feliz, que no ha sentido en sus puertas el mazazo brutal de la guerra, hay ciudades que sienten una profunda preocupación por contribuir con su esfuerzo al esfuerzo heroico de las demás regiones españolas. He aquí una, por ejemplo: Alicante. Todas las organizaciones antifascistas de la capital y de los pueblos de la provincia han contribuido y continúan contribuyendo al esfuerzo general de ganar la guerra, con el envío constante a Madrid y a los frentes de batalla de expediciones de hombres y alimentos. Dos de esas organizaciones, unidas de siempre por tantos vínculos espirituales—la U. G. T. y la Federación Socialista—están, desde el 18 de Julio, trabajando incansablemente por que estos envíos no dejen de realizarse ni un solo día.

Un camarada alicantino de estas organizaciones, el compañero Luis Lizón, secretario de Propaganda y Cultura de la Federación Socialista de aquella provincia, nos va a contar los esfuerzos realizados por las dos organizaciones hermanas en su contribución silenciosa y constante para el logro de la victoria popular.

Más de veinte mil alicantinos en los frentes

—La Federación Socialista de Alicante y la U. G. T.—me dice Lizón—, apenas iniciado

el movimiento insurreccional de Julio y sofocado el peligro de nuestra capital, se dedicaron a la recluta de voluntarios pertenecientes a estas dos organizaciones, que inmediatamente salieron para los distintos frentes de España. La mayoría de estos primeros voluntarios ingresaron en el Batallón Octubre, que mandaba Fernando de Rosa. Después formamos también el Batallón Elche, integrado, como el Alicante, por compañeros de nuestras organizaciones de aquella ciudad, sobre todo el que lleva su nombre; a tal punto, que la totalidad de sus componentes habían nacido en la ciudad de las palmeras. Siguió luego dos nuevos batallones, denominados Alicante Rojo, que operaron heroicamente en Guadalajara.

—¿En qué condiciones mandabais esos hombres?

—Completamente equipados. Con las prendas que entonces, en pleno verano, constituían el indumento obligado de las Milicias: «mono»,

Este número ha sido visado por la Censura

alpargatas, ropa interior. Hoy se les ha vuelto a equipar como a las mejores unidades de nuestro Ejército. Y todo ello ha sido costado por la Federación Provincial Socialista y la U. G. T. de Alicante.

—¿Más voluntarios alicantinos?

—Los que estaban dispuestos a ir a Mallorca, cuando la expedición del capitán Bayo. Como al llegar a Barcelona se suspendió la expedición, aquellos camaradas no quisieron permanecer inactivos, y se ofrecieron a las organizaciones catalanas. Con ellos se formó entonces la Centuria 44, que ha estado operando en el frente de Aragón hasta hace poco más de un mes, en que, desde la retaguardia, se han incorporado a diversos batallones, magníficamente equipados por el Sindicato de Comercio de Alicante, afecto a la U. G. T. Aparte de esto, en unidades no controladas por nosotros hay otros muchos alicantinos luchando en diversas brigadas procedentes de la columna Perea, Balas Rojas y otras varias. Tanto, que es muy raro dejar de encontrar en los distintos frentes hombres de nuestra capital o de su provincia.

—¿Cuántos alicantinos calculas que luchan en la actualidad?

—Sin contar los incorporados a consecuencia de las últimas llamadas a filas, es decir, exclusivamente voluntarios, más de veinte mil. Incluso se da el caso de que en pueblos como

Hondón de las Nieves, Daya Nueva y algunos más, tienen que trabajar las mujeres en las faenas agrícolas, porque todos los hombres de nuestros cuadros sindicales están ahora en los frentes. Añade a esto que en cuantas organizaciones de batallones y Milicias hemos hecho, nos encontramos siempre con el entusiasmo de las J. S. U., que han facilitado un contingente extraordinario de luchadores.

Cuando los facciosos tomaron Talavera, es decir, cuando Madrid empezó a estar en peligro, la Subsecretaría de Guerra llamó al Gobierno civil de esta provincia pidiéndole hombres para Madrid. A una orden de nuestras organizaciones se presentaron aquella misma noche en Alicante, procedentes de los distintos pueblos, más de ocho mil hombres, de los cuales la cuarta parte eran de Elche. Todos venían magníficamente equipados, con la excepción de las armas, porque no las teníamos. Se consultó a Guerra, y nos dijeron que los hombres tenían que llegar a Madrid armados, y nuestra Federación, después de hacer un recuento de los fusiles empleados en servicios no imprescindibles, pudo aquel mismo día enviar a Madrid más de dos mil hombres con armas. A esta determinación se sumaron las demás organizaciones antifascistas de Alicante.

Serenidad en la retaguardia

—¿Cuál es vuestra labor en la retaguardia?

—De agitación y propaganda constantes, por un lado. Por otro, una actuación de apoyo leal al Gobierno legítimo de la República, intensificando el trabajo en las industrias y en el campo. Nuestros compañeros del taller han multiplicado sus esfuerzos, igual que los obreros de la tierra, donde se ha plantado este año más que nunca, como lo demuestra la magnífica cosecha actual. En la retaguardia alicantina no se se ha producido una queja o una reclamación que pudiera turbar el esfuerzo de todos los antifascistas.

Ochocientos camiones de víveres para Madrid y los frentes

—¿Cuál ha sido vuestra labor en lo que se refiere al envío de víveres para los frentes?

Lizón consulta unos papeles, traza rápidamente unos guarismos, y me dice:

—Como a los pocos días de iniciarse la sublevación militar nos dimos cuenta de que no se trataba de una de tantas militaradas que se despejan en pocas horas, nos preparamos para resistir cuanto tiempo fuera necesario. Lo primero que hicimos fué crear un taller para la confección de ropa. Con él surtíamos a las primeras Milicias que de aquí salieron. Al mismo tiempo, comenzamos la organización de envíos de víveres. En la primera expedición logramos reunir treinta y dos camiones, que enviamos al frente de Córdoba, porque nos dijeron que allí hacían más falta en aquellos momentos. Fué ésta la primera expedición de víveres que salió de la provincia de Alicante, y fué organizada por nuestros compañeros de la Federación Socialista y de la U. G. T. Aquellos víveres se distribuyeron en Villa del Río, Montoro y El Carpio, dos días después de haber sido tomado este pueblo por las tropas leales.

—¿Más envíos?

—Un segundo convoy de catorce camiones, para Madrid, que fuimos a entregar en Bellas Artes, lugar, entonces, de recepción de esta clase de expediciones. Pero era tal la aglomeración de envíos, que no logramos ser atendidos rápidamente, por lo que repartimos nuestro convoy entre los diversos cuarteles madrileños. En esta visita a Madrid, y viendo que en aquellos momentos del verano muchos artículos se echaban a perder por culpa de la aglomeración, pensamos en la creación del control de víveres. Así, puestos de acuerdo con los distintos frentes, se podía lograr que no se desaprovechara nada. El control de víveres, que empezó a funcionar en los primeros días de Septiembre, está formado por la Federación Socialista, la U. G. T. y los Trabajadores de la Tierra de Alicante.

Desde su constitución no ha dejado un solo día de prestar ayuda a los frentes. Cuando los facciosos llegaron, en Noviembre, hasta las puertas de Madrid, nuestro control redobló su entusiasmo en los envíos con más intensidad que nunca.

—¿A cuánto calculas que ascienden esos envíos?

—Hasta ahora, a unos cuatrocientos camiones, con un valor de más de dos millones de pesetas, que han salido de las organizaciones por medio de donativos, suscripciones y regalos de los distintos Sindicatos. Aparte de estos envíos, nuestras organizaciones y Sindicatos han hecho su aportación muchas veces por cuenta propia; a tal extremo, que sus envíos alcanzan, por lo menos, la misma cifra que los hechos por el control. En estas aportaciones han tomado parte todos los pueblos de la provincia: principalmente Polop, Benidorm, Daya Nueva, Castells de Guadalets y otros muchos que sería largo enumerar. Ahora seguimos enviando víveres a Madrid. Y mientras la guerra dure los seguiremos enviando con igual entusiasmo que hasta ahora. Comienzan en estos días las nuevas cosechas, y esto nos permitirá intensificar los envíos. Ahora estamos preparando un barco, en el que cargaremos quinientas toneladas de víveres para nuestros hermanos de Euzkadi.

El gesto heroico de Madrid

—¿Qué impresión ha causado en Levante la defensa de Madrid?

—En Levante se siente una profunda admiración por esa ciudad magnífica y heroica, que está ganando la guerra con su esfuerzo sin precedentes. Madrid es hoy, y lo será mañana, la capital del mundo civilizado. Yo, que llevo realizados, desde Julio a estas fechas, más de veinte viajes al Extranjero, con diversas misiones de índole oficial, me encontraba el día 7 de Noviembre en Tolouse. Los periódicos y la Radio de aquella población dieron ese día la noticia de que Franco, después de haber tomado Madrid, había presenciado el desfile de sus tropas por la Puerta del Sol, desde el balcón principal del Ministerio de la Gobernación. Pero yo tenía tal fe en el heroísmo de ese pueblo admirable, que, no obstante las afirmaciones de la Radio y de los periódicos, negué su veracidad ante cuantos quisieron oírme. Nuestros compañeros de Francia pensaban como yo. Las figuras de mayor prestigio del socialismo francés me decían que Madrid no podía caer, que no caería jamás. Y si así pensaban en el

Extranjero, en momentos superlativamente difíciles para Madrid, ¿cómo vamos a pensar aquí? Madrid no caerá nunca en poder del fascismo internacional. Alicante está convencido de ello. Como también lo está de que Alicante repetirá el gesto de Madrid.

Cooperativas de producción y de consumo

—¿Vuestra organización abarca también a la regularización de víveres en la provincia?

—Sí. Ante el problema, realmente difícil, del abastecimiento de muchos pueblos alicantinos, hemos impulsado un movimiento de Cooperativas socialistas de consumo, que alcanzan ya la respetable cifra de ciento treinta. Hemos creado también el intercambio de productos con las organizaciones de otras provincias, e incluso traemos del Extranjero aquellos productos de que se carece en muchos pueblos. De esta política económica esperamos amplios frutos, pues a las actuales Cooperativas de consumo seguirán las de producción y otras semejantes, constituyendo un magnífico punto de partida para la futura organización económica de España.

Cuarenta mil alojados en la provincia

—¿Cómo ha contribuido Alicante al problema de la evacuación de los habitantes de las ciudades atacadas por los facciosos?

—Acogiendo con los brazos abiertos a cuantos han llegado aquí. Más de cuarenta mil alojados hay entre nuestra capital y los pueblos de la provincia, procedentes de Madrid, Málaga, Toledo y diversos pueblos de España. Desde los primeros días se les ha proporcionado todo lo necesario: ropas, alimentos, casa... Muchos pueblos alicantinos tienen hoy un número de alojados que sobrepasa al veinte por ciento de su población normal.

Al dinámico secretario de Propaganda y Cultura de la Federación Socialista de Alicante le esperan aún muchos asuntos que resolver. Lo insinúa con una fina sonrisa, señalándome el enorme montón de papeles que han ido depositando sobre su mesa de trabajo.

Al despedirme insiste en su admiración por Madrid, traducida en estas palabras rotundas:

—Di que Alicante seguirá enviando a Madrid todos los víveres que pueda. Aunque para hacerlo tuviéramos nosotros que quitárnoslo de la boca.

ANTONIO DE LA SERENA

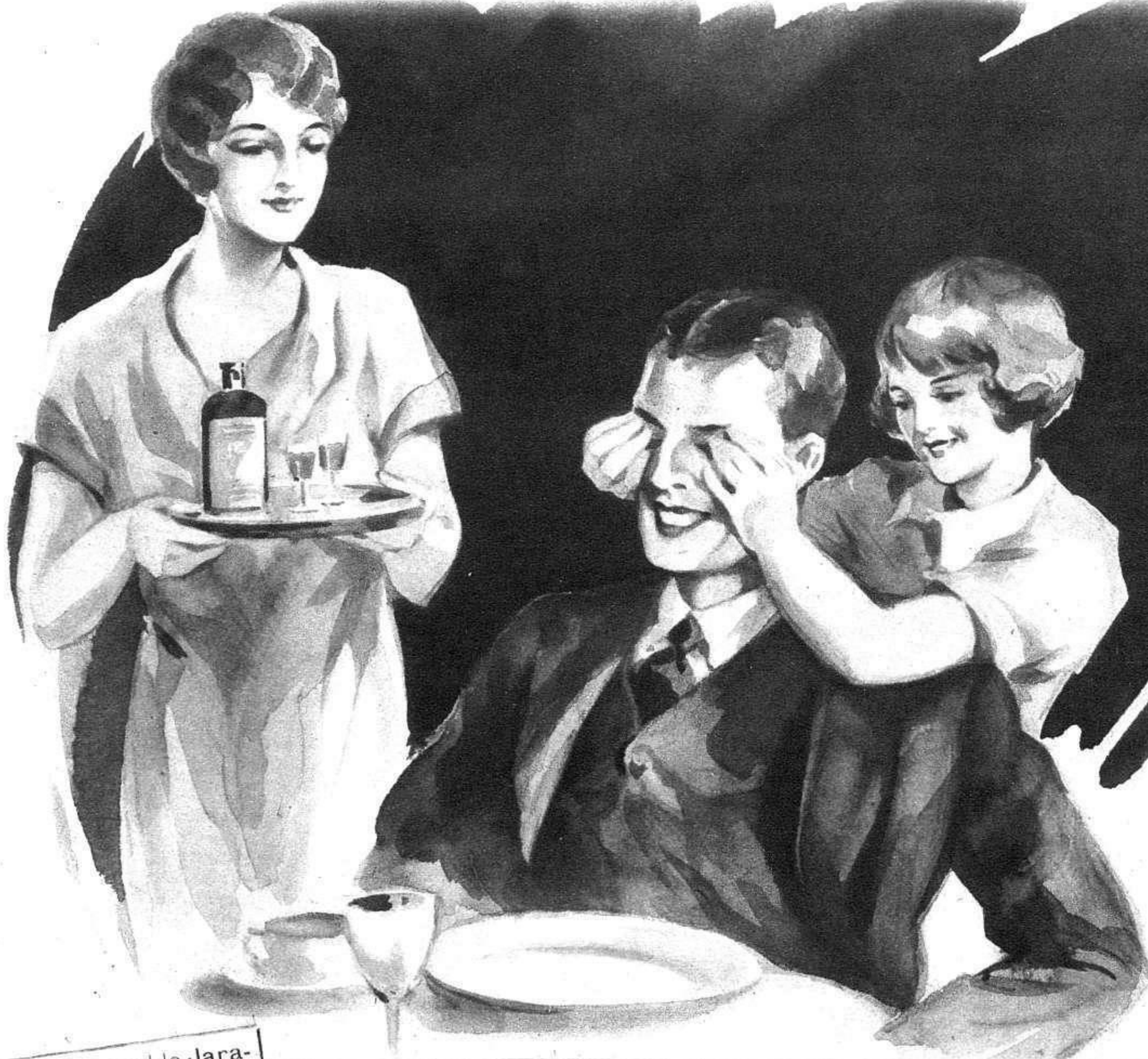


Un depósito de ropa de la Federación Provincial Socialista de Alicante. De aquí salen a diario muchos cientos de prendas para los distintos frentes



ESCENARIOS
DE LA LUCHA

SOMOSIERRA



El incomparable **Jarabe Salud**, es el producto de mi elección en cuantos casos se halla indicado, porque siempre encuentro con su uso resultados admirables. Puedo citar, entre muchos, el caso de una enferma de cloroanemia perniciosa, cuya curación ha sido completa con este excelente Jarabe. **Jesús González**, médico. - Parlamento, 22, principal. - Barcelona.

¿Que trae mamá

Lo más imprescindible en todos los hogares para combatir

DEBILIDAD, NEURASTENIA, ANEMIA, DECAIMIENTO

Da vigor y energía el Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

Poderoso reconstituyente de efectos rápidos y seguros.

Aprobado por la Academia de Medicina.

Puede tomarse en todo tiempo • Frasco grande: Ptas. 5,05 (timbre incluido).

LAXANTE SALUD

Cura el estreñimiento sin causar irritaciones ni molestias.

En cajitas de 28 - 30 grageas: Ptas. 1,90 (timbre incluido), en farmacias.

Si desea muestra gratuita del **Laxante**, llene este Boletín y remítalo en sobre abierto, franqueado con 5 céntimos, al **Laboratorio SALUD**, Apart. 17-Tortosa.

Nombre

Domicilio

Población

LA VUELTA AL MUNDO de COLÁS Y BARULLO





CAPITOL

El lunes, día 7, **ESTRENO**
de la sugestiva opereta cinematográfica

La Posada del Caballito Blanco

PROTAGONISTAS:
Christl Mardayn,
Hermann Thimig
y Thed Lingen



TEATRO CHUECA
Dirección: PACO ALARCÓN
Próximamente



¡En el pueblo mando yo...!

Una tragedia para reír.
Caricatura de un drama ru-
ral en tres actos y en verso.
¡Dos horas de risa!

RIALTO

Todos los días

EXITO INMENSO
del film popular

la JUVENTUD

de **MAXIMO**



SALAMANCA Y MONUMENTAL

Todos los días, éxito creciente del gran-
dioso film de CHARLOT

Tiempos Modernos



spectáculos

TEATRO DE LA ZARZUELA

Todos los días

¡TORMENTA!

Una obra revolucionaria, es-
crita en los parapetos. El más
formidable alegato contra un
régimen de oprobio.

Obra recia y viril, a cuyo lati-
gazo se acusa un teatro nuevo.
Un triunfo, en suma, para un
autor novel, consagrado con es-
ta comedia.

PEPE GARCÍA

autor de

¡TORMENTA!

ACTUALIDADES

El próximo lunes

ESTRENO

del apasionante
film popular

ESPAÑA 1936

ASCASO

Todos los días,
el poema gitano

María Magdalena

EXITO
FORMIDABLE



RETAGUARDIA

Cómo se abastece de pescado a Madrid

La ayuda de los trabajadores del mar



Camaradas que forman parte de la Directiva de la Unificación de Trabajadores de Venta de Pescados del Mercado Central: En la mesa, el vicepresidente, Andrés Silva; el secretario, Manuel Molina; el vicesecretario, José Pozo; y en pie, Lorenzo Vara y otros dos vocales del Consejo de Unificación

LA Unificación de Trabajadores de Venta de Pescados del Mercado Central es actualmente la encargada de abastecer a Madrid de los productos del mar. Tarea nada fácil ni grata en las actuales circunstancias. Trabajo ímprobo y poco brillante, en el que se pone a prueba el esfuerzo y el entusiasmo de un puñado de hombres de buena voluntad, dispuestos a velar por los auténticos intereses del pueblo.

Nos facilitan esta información los camaradas Andrés Silva y Manuel Molina, vicepresidente y secretario, respectivamente, de la Unificación. Los restantes camaradas de la Directiva se encuentran fuera de Madrid, dedicados a procurar el abastecimiento de la capital de la República.

El teniente Silva, un veterano luchador societario, y Molina, que llevan actualmente el peso de la organización, nos detallan el funcionamiento de la colectividad.

—El Mercado de Pescados de Madrid—nos dicen— estaba tradicionalmente explotado por los patronos que se llamaban asentadores. Eran unos ochenta. Los puestos eran un vivero de intermediarios entre el productor y el vendedor al por mayor en Madrid. Empezó operándose con Madrid en comisión; pero como el asentador se sentía más fuerte que el de los puestos, por estar más enterado de las particularidades del negocio, hizo al exportador, unas veces, socio suyo, y otras, simple empleado. Así, el que podía comprar en puerto grandes cantidades de pescado sabía que anulaba a otros compradores, y sus utilidades eran más importantes. Es decir, que el capital lo hacía todo, y no a favorecer al productor, que era otro negociante; ni al consumidor, que pasivamente soportaba todas las cargas.

—¿Qué influencia tuvo el estallido de la sublevación militar en el negocio del pescado?

—Llegado Julio, puertos muy importantes de la producción pesquera quedaron en manos de los traidores, y quedó cortada la relación comercial con Madrid. Pero era menester que Madrid no careciese en absoluto de pescado.

Y para facilitar las gestiones con los puertos de Levante, a pesar de que la producción de éstos es pequeña, se reunieron patronos y obreros, y después de una selección escrupulosa, quedó constituida la Unificación. Todos vieron con claridad que el tiempo de los negocios había pasado. Lo que interesaba era servir a Madrid. Sin embargo, no nos faltaron competidores en cuanto se dieron cuenta de que la escasez de alimentos daba una plusvalía al pescado. Hubo quien ganó miles de duros en un mes. Pero aquí el mérito de nuestra organización. Nosotros no veníamos a ser nuevos ricos con disfraz de colectividad y carnet sindical. Veníamos a moralizar el negocio y a ser una continuación de nuestros compañeros de los puertos.

—¿Cómo está montado ahora el negocio del pescado?

—Nuestra organización no tráfica con él. Vende en Madrid el que le mandan los puertos. Y lo vende sin subasta, que sería una inmoralidad consentirla en estos tiempos, que se prestan a que todo se pague a precios astronómicos, negociando con la necesidad del pueblo.

—¿Cómo se fijan los precios?

—Para ello se tienen en cuenta las necesidades de los productores en sus gastos de redes, cables, aceites, combustibles, etcétera, que se han aumentado con la guerra, y también la capacidad adquisitiva del pueblo de Madrid. Así se da el caso de que en nuestra capital se vendan algunas clases de pescados, y especialmente la sardina, a la mitad del precio corriente hoy en algunos puertos de mar.

—¿Cómo se logra ese milagro?

—Sencillamente, porque hemos logrado despertar en muchos puertos, por encima del ánimo de lucro, el deseo de ayuda a Madrid. Hay puertos en que aun rige exclusivamente la ley de la oferta y la demanda, y los hay en que la pesca, sin pasar por la Lonja, viene directamente a Madrid, evitando la competencia y haciendo posible una relativa baratura. La capacidad de los trabajadores del mar ha hecho posible esto. Ellos saben que vendiendo la pesca allí a los que van a negociar sacarían doble cantidad de dinero, y, sin embargo, nos la envían, haciendo con gusto este sacrificio por la causa común.

—Sin embargo—interrumpimos—, el pescado tiene algunos días, en Madrid, precios casi prohibitivos para el público en general.

—No crea usted que en ello influye el afán de lucro de nadie. En este aspecto, muchas veces tenemos privilegio sobre los mismos puertos. En Madrid se han vendido pescadillas a catorce pesetas el kilo, que aquel mismo día costaban en Valencia a veintiséis pesetas. Y sardinas, a cuatro pesetas el kilo, que se



El teniente Andrés Silva con varios de los milicianos que prestan servicio de vigilancia en el Mercado Central de Pescados

pagaban en los puertos, para los fabricantes de salazón, a siete pesetas. Esto ha podido hacerse gracias al desinterés, al espíritu de sacrificio y al entusiasmo por la causa de los trabajadores del mar, que en Villajoyosa, en Camppeyo y en parte de Santa Pola prefieren, a una ganancia excesiva, contribuir al abastecimiento del pueblo heroico de Madrid.

—¿No se ha generalizado esa colaboración?

—Desgraciadamente, no. Todavía, en muchos puertos, se sigue trabajando «a la parte», y el dueño de la barca especula con la ambición del marinero, por falta en éste de verdadero espíritu de clase. Así se da el caso de que una embarcación que pescó en una sola jornada, en Torrevieja, por valor de 26.600 pesetas, el dueño o patrón de la barca se llevó la mitad, o sean 13.300, y a cada marinero, en número de veinte, le correspondieron unas 700 pesetas, aproximadamente. Así no es posible que el pescado esté barato.

—Y aparte la carestía, en estos momentos lógica, ¿a qué obedece la escasez?

—A la falta de medios de transportes. Para un abastecimiento normal, Madrid necesita que entren de veinticinco a treinta camiones de pescado, y los días que más, llegan ahora ocho o diez.

—¿Cómo se distribuyen?

—Atendiendo primeramente a las necesidades de guerra: hospitales, sanatorios y enfermos. El sobrante va a las pescaderías, por riguroso turno de distritos. Cada caja de pescado que va a la venta lleva un volante en el que figuran el precio de coste y el de venta.

—¿Qué margen ganancial se concede al vendedor?

—Del veinte por ciento, hasta tres pesetas el kilo; del quince por ciento, cuando el precio llega a cinco pesetas, y el diez por ciento, de cinco pesetas en adelante.

Negocio arduo y complicado, necesidad colectiva, la que con generoso esfuerzo se aprestan a resolver estos hombres que, técnicos en el oficio, necesitan de toda su inteligencia para deshacer la red de codicias, de intereses creados, de turbias ambiciones, que aun giran alrededor de todos los problemas de abastecimiento.

Su trabajo anónimo, sin espectacularidad,

no dejará por eso de ser premiado en su día. El teniente Silva, Andrés Molina, Pozo, Lorenzo Vara, todos cuantos integran la Unificación de Trabajadores de Venta de Pescados del Mercado Central, merecen la gratitud de cuantos en este Madrid heroico y sufrido de la guerra se sacrifican por el triunfo de la auténtica causa del pueblo.

J. F.



Los trabajadores del Mercado Central de Pescados rodean al teniente Silva mientras se hace el repeso de la mercancía acabada de llegar

(Fots. Piortiz)

“NOGAT”

Producto especial MATA-RATAS



El mata-ratas «NOGAT» constituye el producto más cómodo, rápido y eficaz para matar toda clase de ratas y ratones. Se vende a 50 céntimos paquete y a 10 pesetas la caja de 25 paquetes, en las principales farmacias y droguerías. Dirigiéndose al Laboratorio, se envía por correo la cantidad que se desea, mandando antes, por Giro Postal o en sellos de correo, el importe, más 50 céntimos para gastos de franqueo. Producto del Laboratorio Sokatarg. Calle del Ter, 16, Barcelona.

PRENSA GRÁFICA

(S. A.)

HERMOSILLA, 73
Apartado 571 MADRID

Tarifa de suscripción para
MUNDO GRÁFICO

Aparece todos los miércoles

Madrid, Provincias
y Posesiones Españolas:

Un año 15,—
Seis meses 8,—
Tres » 4,—

Francia y Alemania:

Un año 23,—
Seis meses 12,—
Tres » 6,—

América, Filipinas y Portugal:

Un año 16,—
Seis meses 9,—
Tres » 4,50

Para los demás Países:

Un año 30,—
Seis meses 16,—
Tres » 8,—

NOTA.—No tendrán derecho a recibir los números extraordinarios que se editen nada más que los suscriptores por un año, como mínimo.

BLENORRAGIA

(PURGACIONES)



en todas sus manifestaciones. URÉTRITIS, PROSTATITIS, ORQUITIS, CISTITIS, GOTA MILITAR, etc. en el hombre y VULVITIS, VAGINITIS, METRITIS, CISTITIS, ANEXITIS, FLUIOS, etc. en la mujer por crónicas y rebeldes que sean se combaten de una manera cómoda rápida y eficaz con los

CACHETS DEL Dr. SOIVRE

que depuran la sangre y los humores, comunican a la orina sus maravillosas propiedades antisépticas y microbicidas; sus admirables resultados se experimentan a las primeras tomas, la mejoría prosigue hasta el completo y perfecto restablecimiento de todo el aparato genito-urinario, curándose el paciente por sí solo sin inyecciones, lavados, aplicaciones de sondas, bujías, etc., tan peligroso siempre por las complicaciones a que exponen y nadie se entera de su enfermedad.

Basta tomar una caja para convencerse de ello.

Exigir siempre los legítimos CACHETS DEL Dr. SOIVRE y no admitir sustituciones interesadas de escasos o nulos resultados.

Venta a 6,60 ptas. caja en las principales farmacias.

Agentes. — New-York: Drug Importing C. 179, Adams Street

Brooklyn. — S. José Costa Rica 1, Carreras, Bazar París.

Avenida Central. — S. Juan Puerto Rico: J. Combas Peyork,

Tetuán, 75. — Cuba: J. Carlos Guasch. Apartado 525, Habana

EL DOLOR

NO HACE ESTRAGO ALGUNO A LO QUE POR LA MISMA PRECAUCIÓN TIENEN EN CASA UN FRASCO DE

CEREBRINO MANDRI

ESPECIALIDAD NACIONAL

USOS

Una cucharadita con agua UNA, DOS o TRES veces, vence todo dolor. Eircumatismo febril cura tomándolo TRES o CUATRO veces, repartidas durante el día. En el dolor crónico, tomado en ayunas, OCHO o DIEZ días en cada mes.

Solicite prospecto al

LABORATORIO MANDRI

Provenza, 203
BARCELONA

APOPLEJIA PARALISIS

Angina de pecho, Viejex prematura y demás enfermedades originadas por la Arteriosclerosis e Hipertensión

Securan de un modo perfecto y radical y se evitan por completo tomando

RUOL

Los síntomas precursores de estas enfermedades: dolores de cabeza, ramba o calambres, zumbidos de oídos, falta de tacto, hormigueos, vahidos (desmayos), modorra, ganas frecuentes de dormir, pérdida de la memoria, irritabilidad de carácter, congestiones, hemorragias, varices, dolores en la espalda, debilidad, etc., desaparecen con rapidez usando RUOL. Es recomendado por eminencias médicas de varios países; suprime el peligro de ser víctima de una muerte repentina; no perjudica nunca por prolongado que sea su uso; sus resultados prodigiosos se manifiestan a las primeras dosis, continuando la mejoría hasta el total restablecimiento y lográndose con el mismo una existencia larga con una salud envidiable.

VENTA: Madrid, F. Gayoso, Arenal, 2; Barcelona, Sagalá, Rbla. Flores, 14, y principales farmacias de España, Portugal y América.

Teléfonos de Prensa Gráfica, S. A.: 57885 y 57884



**mundo
gráfico**



CATALUÑA Y LOS REFUGIADOS



Cataluña — sus ciudades y sus pueblos humildes — ha acogido amorosamente a los que llegan a ella huyendo del dolor de la lucha. Millares de refugiados encuentran allí el hogar que perdieron.

(Véase en el interior del número una información sobre esto)

Talleres de
PRENSA GRAFICA
(S. A.)
Hermosilla, 73
Madrid
(Printed in Spain)